

He pecado
CONTRA TÍ



EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO (Rembrandt)

Maestro, enséñanos



Llamamos pecado a todo aquello que nos aparta de Dios y de los hermanos. Aquello que hacemos o no hacemos y que va en contra del plan de amor de Dios: un gesto, una palabra, un rechazo, un sentimiento...

Por eso solo a la luz de la Palabra de Dios podemos descubrir en nuestra conciencia aquello que Dios quiere y así no apartarnos de ese plan de amor.

Cuando nuestra conciencia o alguien nos hace ver que no hemos actuado correctamente podemos hacer oídos sordos o, si realmente queremos vivir en el amor de Dios, podemos tomar conciencia de lo que hemos hecho, arrepentirnos (incluso avergonzarnos) y decidir cambiar reparando el mal que hayamos podido realizar. Pero además es necesario pedir perdón. Poner palabras humildes y acercarnos ante quienes hayamos podido ofender: Dios y nuestros hermanos. En este acto, al pedir perdón a Dios, no solo reconocemos que no hemos obrado bien, sino que reconocemos algo mucho más grande: Dios perdona porque es Amor infinito. Está siempre esperando con los brazos abiertos dispuesto a ofrecer su perdón. Tal y como muestra el cuadro "El regreso del hijo pródigo" de Rembrandt.

Cuando vayas a orar...

Inicio

Realiza un ejercicio de respiración profunda, tal y como hemos hecho en las sesiones anteriores.

Al inspirar y llenarte de aire repite mentalmente estas palabras: Ven, Espíritu Santo.

Al expulsar el aire, muy despacio, repite mentalmente: Ven, Espíritu de Perdón.

Repite varias veces este ejercicio hasta que te serenes y centres.

Comienza con la señal de la cruz.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.



Contemplamos el cuadro

Contempla la reproducción del cuadro de Rembrandt. Fíjate en los personajes. un anciano abraza a un joven con las ropas y el calzado rotos. Alrededor, unos personajes contemplan la escena.

Fíjate en el rostro anciano. Es el Padre. Rembrandt lo representa anciano, débil y ciego. Rembrandt, al final de su vida, pintó muchos ciegos, convencido de que eran los que realmente veían con claridad la realidad que de verdad importa.

Su luz realza la ternura y el amor con que se dirige al hijo que acaba de regresar.

Fíjate en el joven. Es el hijo. Arrodillado, de espaldas, con las ropas rotas. Había marchado con toda la herencia que le correspondía y ahora regresa sin nada. Como mendigo.

Fíjate en el abrazo. Es el punto de contacto entre padre e hijo. El padre lo abraza hacia sí con unas manos (una de hombre y otra de mujer) que reflejan el corazón materno y paterno de Dios. Lo aprieta contra sus entrañas. El mendigo ya no es mendigo, es hijo. Ante su padre, que lo abraza, vuelve a ser quien era.

Como la lluvia

Jesús narra la parábola del hijo pródigo en Lucas 15, 11-31. Hemos escogido un fragmento para meditar. Pero puedes leerla completa.



"El hijo se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies".

(Mateo 11, 25-26)





Arde el corazón

La acogida del padre al final es impensable. Desconcertante. Ningún padre pierde su dignidad corriendo a abrazar a un hijo que ha renunciado a los derechos, ningún padre perdona ni evita la humillación de quien ha dañado la imagen familiar.

¿Me cuesta reconocer lo que he hecho mal?

¿Me cuesta perdonarme a mí mismo?

¿Suelo pedir perdón a Dios? ¿Y a las personas a las que ofendo?

¿Tengo miedo de que Dios no me perdone algo?

¿Qué he sentido cuando alguien me ha perdonado algo importante?

¿Qué siento cuando me acerco al sacramento de la reconciliación?

¿Por qué y a quién debería pedir perdón hoy?

Piensa durante un tiempo y reza a Dios pidiendo perdón por eso que te haya venido a la mente.

Puedes repetir las palabras del hijo: He pecado contra ti.

Sois la luz

A lo largo de este día o cuando lo necesites, reza con las palabras de este salmo.



Ora con este salmo.

Salmo 51 (50)

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre
presente mi pecado.

Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad
en tu presencia.